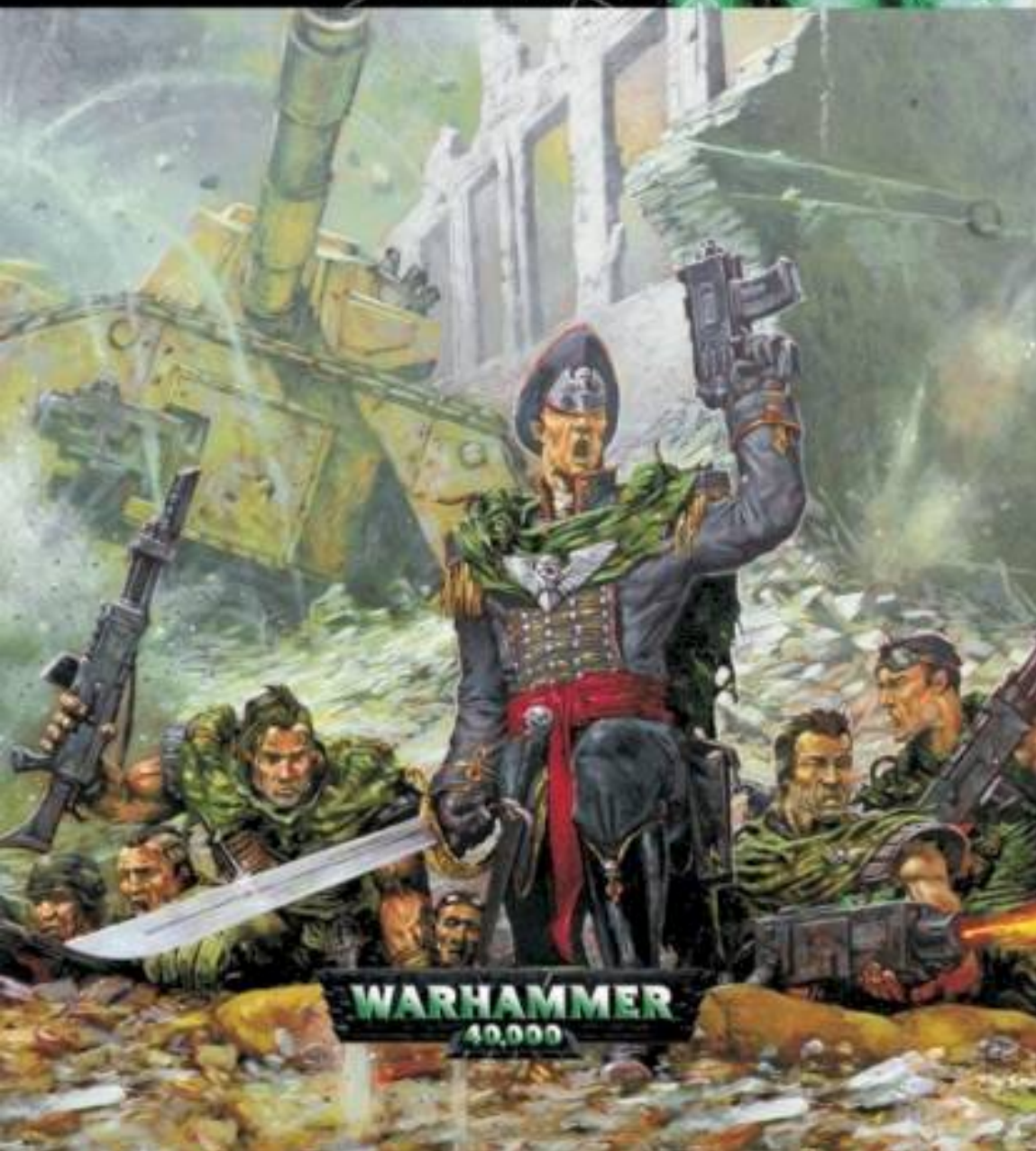


LOS FANTASMAS DE GAUNT • VOLUMEN 6

PLATA PURA

Dan Abnett



En los campos de batalla de Aexe Cardinal, las fuerzas de combate de la Guardia Imperial quedan inmovilizadas en una situación de estancamiento mortífero con los siniestros ejércitos del Caos. El comisario Ibram Gaunt y su regimiento, los Primeros y Únicos de Tanith, se ven inmersos en un infierno: la guerra de trincheras, en la que la amenaza de la muerte provocada por la artillería local se cierne continuamente sobre ellos. La única oportunidad de sobrevivir que tienen Gaunt y sus tropas de exploración es ofrecerse como voluntarios a una misión tan peligrosa ¡que nadie se atreve a aceptarla!

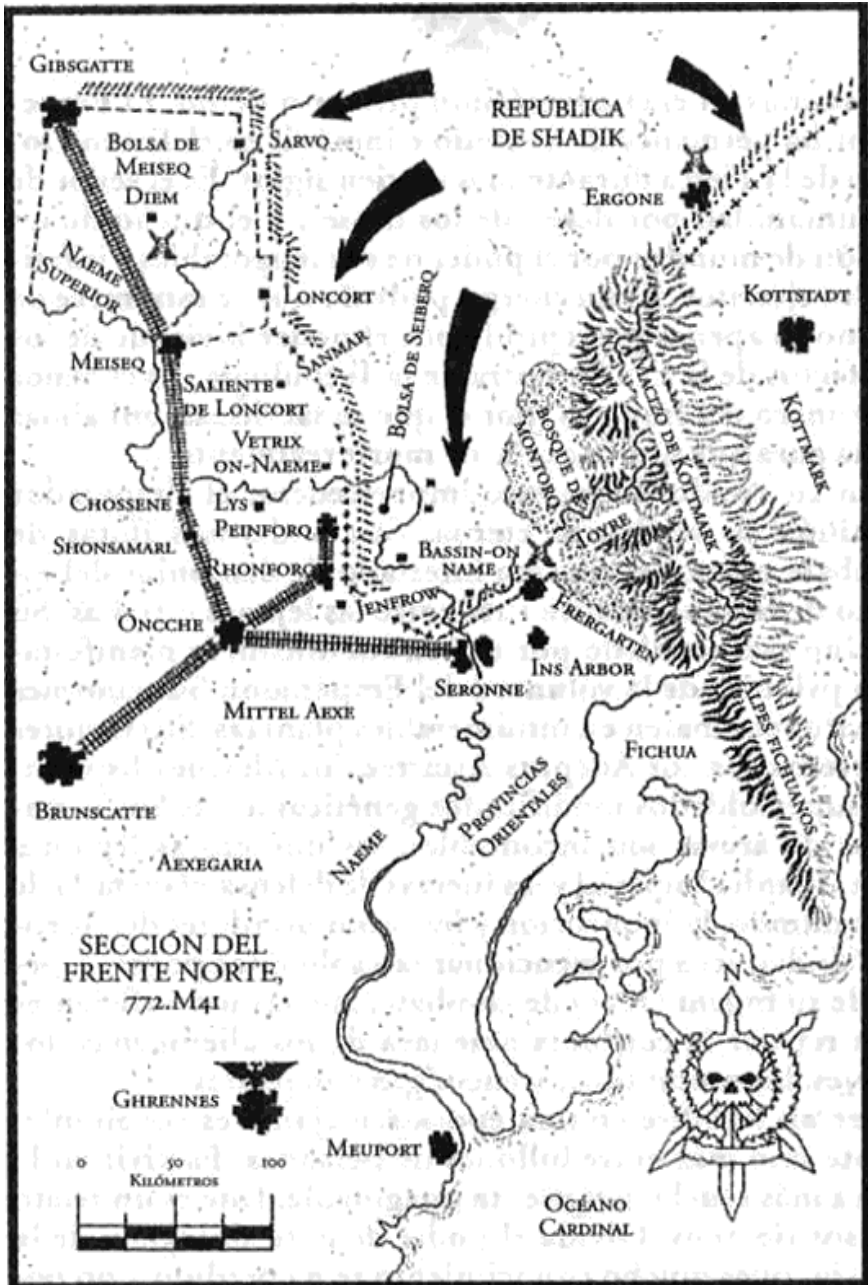


Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Sinistra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes... y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan

sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



CLAVE					
		LÍNEA DEL FRENTE	LÍNEA PENFORQ	LÍNEA DE FERROCARRIL	BORDE DE LA BOLSA DE MEISEQ

CIUDAD CATEDRAL PUEBLO CIUDAD LÍNEA DEL FRENTE LÍNEA DE FERROCARRIL LÍNEA SERONNE

Durante los primeros seis meses de 772.M41, el decimoséptimo año de la campaña de los Mundos de Sabbat, las fuerzas de combate de la Cruzada Imperial bajo el mando del Señor de la Guerra Macaroth se esforzaron por consolidar los logros que habían obtenido con sus victorias durante el invierno anterior y por sacarles el mayor partido. La supremacía en el sistema Cabal parecía posible por fin gracias a las líneas de suministros (las llamadas «venas de la victoria») que se habían abierto mediante los triunfos en las batallas y combates de Gigar, Aondrift Nova, Tanzina IV, Fantine y el poderoso mundo forja de Urdesh. Sin embargo, el famoso mundo fortaleza de Morlond todavía resistía, y varios informes indicaban que Urlock Gaur, quien al parecer se había convertido en el señor supremo de todas las fuerzas del archienemigo tras la muerte del arconte Nadzybar en Balhaut, estaba preparando un enorme contraataque en el Racimo Carcaradon. Además, la Cruzada Imperial estaba encontrando una fuerte resistencia en el flanco que daba al centro de la galaxia en los combates contra las huestes del Caos bajo el mando de Anakwanar Sek, Shebol Mano Roja y Enok Innokenti, tres de los señores de la guerra más capacitados de Gaur.

Macaroth, mostrando de nuevo su estilo típicamente instintivo y en contra de todos los consejos y avisos de sus jefes de estado mayor, dividió las fuerzas de la cruzada entre sus generales de confianza. El Noveno Ejército de la cruzada, bajo el mando del señor militante Humel, fue enviado a Enothis para romper la resistencia de la vil horda de Sek. El Octavo y el Sexto, a las órdenes del general Kelso y el maestro de capítulo Veegum, de la Guardia de Plata, fueron redirigidos hacia el grupo Khan para acorralar a Innokenti, mientras que el Séptimo Ejército, bajo las órdenes del mariscal Blackwood, profundizó en dirección al núcleo de la galaxia, hacia Belshiiir Binaria y Alfa Madrigo. Al gene-

ral Bulledin, al mando del Segundo Ejército, se le encargó mantener y proteger las líneas de suministro en dirección al exterior de la galaxia que llevaban hasta Urdesh. Macaroth en persona se pondría al mando del Primer, Tercer y Cuarto Ejércitos para dirigir el avance reforzado hacia Morlond para, en palabras del propio Señor de la Guerra, «enfrentarnos a Gaur en su propio patio trasero».

Muchos presentaron objeciones a aquel proyecto. Los comandantes de la flota imperial creían que Macaroth había vencido por los pelos y por pura suerte en su arriesgada apuesta del sistema Cabal, y veían que iba a repetir aquella maniobra atrevida y aventurada incluso a una escala mayor. Otros generales mostraron su descontento por no haber sido elegidos para estar al mando de uno de los cuerpos del ejército de la cruzada. Van Voytz esperaba ponerse al frente del Quinto Ejército, pero éste le fue encomendado a Luscheim, a quien se le ordenó que protegiese la retaguardia de Macaroth. En vez de eso, Van Voytz recibió el mando de una fuerza de combate de tamaño brigada, teóricamente adscrita al Quinto Ejército, que fue enviada a Aexe Cardinal, un mundo imperial que había logrado resistir a lo largo de la dominación del Caos sobre los Mundos de Sabbat. Allí se enfrentó a la poco envidiable misión de romper la situación de estancamiento en una guerra terrestre que duraba ya cuarenta años...

Fragmento de Una historia de las últimas Cruzadas Imperiales



PRÓLOGO

Existen tres cosas que un aexegeriano realizará bien sin duda: hacer el amor, hacer la guerra y adorar al Emperador. De esas tres, lo que hacemos con mayor habilidad es la guerra. Lo llevamos haciendo desde hace años. Creo que estará de acuerdo en que le hemos pillado el truco...

**Leonid Fep Krefuel,
Gran Sezar de Aexegaria**

Brunsgatte se alzaba a su alrededor como un sueño mal ordenado y poco deseado. Estaba agotado por el largo viaje en tren, y a medida que avanzaba hacia el oeste, el tiempo se volvía más húmedo y lluvioso. El tornillo que llevaba en el fémur le había comenzado a doler como si fuera reuma. Había intentado distraerse revisando de nuevo los despachos y los partes de información, pero la parte trasera de la limusina estaba demasiado oscura. En vez de eso, se

reclinó sobre el asiento con las manos entrelazadas sobre el estómago y observó la ciudad pasar a su lado.

La noche estaba comenzando a caer y las farolas de las calles ya habían empezado a brillar con un resplandor amarino en el interior de sus cubiertas de cristales empañados de escarcha. En poco menos de veinte minutos serían pequeñas estrellas de luz blanca perlada. La lluvia caía con fuerza. Al sur formaba unas grandes cortinas de agua, oscuras y borrosas, que colgaban bajo las nubes que se arremolinaban sobre el distrito comercial y los almacenes de Brunsgatte.

La limusina, de un color negro reluciente como el zapato de un uniforme de gala, era un viejo modelo Ampara Furioso Vitesse, de una construcción tan sólida como un Le-man Russ. Un pequeño banderín flotaba al viento a cada lado del adorno en forma de behj en pleno salto colocado por encima de la rugiente rejilla cromada de ventilación del vehículo. La enseña de color azul y oro del estado al lado izquierdo; la bandera con los colores blanco, dorado y magenta de la Alianza Aexegariana a la derecha. Apenas podía distinguir el rugido del motor de ocho cilindros a causa del grosor de la carrocería y de la decoración interior, pero los limpiaparabrisas delanteros chirriaban cada diez segundos con el mismo sonido de unas uñas arañando una pizarra.

El vehículo cruzó Congressplatz, pasó bajo la sombra de la Puerta del Sezar, donde se amontonaban grandes pilas de coronas de flores y atravesó la Columnata de los Pescadores que llevaba hasta Trimercy.

Ñic, ñic, ñic, chirriaban los limpiaparabrisas.

Se detuvieron en el semáforo de Trimercy, y el tráfico procedente del sur pasó por delante de ellos. Los escoltas pusieron un pie en el suelo para mantener el equilibrio sobre las motos. El sistema de calefacción de la limusina parecía estar haciendo circular el aire procedente de un tubo de

escape. Se inclinó hacia adelante y giró el botón de control, pero no notó ningún cambio apreciable.

—¿Qué pasa con la calefacción? —soltó con tono malhumorado.

El conductor bajó la mampara de separación lacada.

—¿Perdón, señor?

—La calefacción.

—Está puesta, señor.

—¿No podría apagarla?

—Por supuesto, señor. —El conductor tocó un par de mandos del tablero—. ¿Mejor así?

No lo estaba. Bajó la ventanilla trasera y dejó que entrara el aire cargado de olores de la ciudad mojada por la lluvia. Pudo sentir el aroma del asfalto húmedo y del roce empapado. Distinguió el sonido de los motores de los demás vehículos y el ruido de unas bocinas algo alejadas. Vio al dueño de un puesto de venta de flores situado en el siguiente cruce comenzar a cerrarlo. El vendedor llevaba puesto un chubasquero transparente y estaba doblando a mano los capullos fractales de diversas formas geométricas para meterlos en sus jarrones metálicos correspondientes. Los relucientes pétalos crujían y chasqueaban cuando aquellas manos hábiles y expertas los doblaban sobre sí mismos.

Algunos eran de un color rojo especialmente intenso. Sintió que el corazón le palpitaba con mayor rapidez. No, no en ese momento...

Cerró los ojos y tragó saliva. Intentó respirar más lentamente, del modo que su médico le había enseñado. Sin embargo, la Bolsa de Seiberq seguía estando allí al lado. El restallar de las luces. El barro que volaba en todas direcciones. Los vehículos acorazados. Los charcos de agua que se formaban en los cráteres. Rojo, rojo...

El semáforo cambió y se puso en verde. Avanzaron hacia el norte, y los escoltas describieron amplias circunferen-

cias cuando se alejaron rugiendo por delante del vehículo principal iluminando con las luces el camino.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le preguntó el conductor.

—Sí, estoy bien. Estoy bien.

Cerró la ventanilla trasera hasta dejar sólo una rendija.

Mons Sezari se alzaba ante ellos dominando todo el horizonte urbano y dejando pequeños incluso a los edificios y torres más altas de Brunsgatte. Ascendieron por el serpenteante camino hasta que llegaron al toldo de cristal detrás de una poterna, donde se detuvieron.

—¿Está preparado, señor? —le preguntó el conductor.

—Sí —contestó, y a continuación se bajó. Un joven ayudante de campo mantuvo abierta la puerta de la limusina.

Antaño, en los días de los grandes sezares, los generales entraban en Brunsgatte por la Puerta de la Fortaleza subidos en carros de guerra engalanados y tirados por estrútidos. Aquella época había desaparecido mucho tiempo atrás, pero el protocolo exigía que pasara del coche a un carro de guerra para recorrer el tramo final.

Un escuadrón de húsares esperaba al lado del carro. Aquellos estrútidos eran algunos de los últimos ejemplares supervivientes de una especie en vías de extinción. Se trataba de unos animales gigantescos, con unos tremendos picos relucientes y un plumaje bastante espeso, de unas veinte manos de alto. Pensó en las delgadas y sarnosas monturas de guerra que tenían que utilizar en la línea del frente.

Pasó a la parte trasera del carro con su maletín de oficial de alto mando firmemente agarrado bajo el brazo. El oficial superior de los húsares dio la orden de ponerse en marcha. Las garras negras recortadas de los estrútidos hicieron saltar chispas de los adoquines húmedos en cuanto comenzaron a avanzar a medio galope.

Los pájaros de combate hicieron pasar el carro de guerra bajo el arco de entrada a Mons Sezari y lo llevaron hasta

el ala occidental de palacio, a una nave lateral llena de faro-las eléctricas situadas bajo un techo acristalado de diversos colores. Un pelotón de oficiales de la Bande Sezari lo esperaban con uniforme de gala. Lucían grandes plumas de estrútididos en los gorros y llevaban puestos unos amplios pantalones de montar de seda verde. Unas cadenas de oro unían las anchas perneras de los muslos a sus muñecas, por lo que cuando saludaron, parecieron desplegar unas amplias alas verdes en su honor.

Desmontó del carro, le pagó al conductor el escudo ritual y comenzó a recorrer la larga alfombra azul del interior de la nave lateral con el maletín balanceándose en su mano.

El gran señor Kido Fep Soten, chambelán personal del gran sezar, lo esperaba en la entrada del pórtico de cristal. Soten sacó la mano de debajo de su túnica de terciopelo negro con ribetes de piel de armiño e hizo el gesto del águila sobre su pecho.

—Mi señor conde, bienvenido. El sezar os aguarda.

Siguió a Soten por un largo pasillo decorado con papel de pared lleno de símbolos heráldicos para después atravesar una estancia llena de magníficas lámparas de araña hasta llegar a la sala de audiencias. Los alabarderos de la Bande Sezari le abrieron las puertas de la estancia. Soten hizo una reverencia.

—Mi gran señor sezar —anunció—, el conde Iaco Bousar Fep Golke, comandante en jefe de las fuerzas de la Alianza Aexegariana, espera ser recibido.

El gran sezar, Leonid Fep Krefuel, se puso en pie. Había estado sentado cerca del fuego, protegido de su calor directo por una pantalla de hierro calado. El conde pudo ver a través de las puertas abiertas al otro lado varias figuras y distinguió el tintineo de las copas al brindar.

El sezar estaba vestido con un traje de combate ceremonial dorado con brocados de hilo de plata y diamantes, y de su espalda colgaba un manto de piel de behj. Era un